
EL HORNERO

REVISTA DE ORNITOLOGÍA NEOTROPICAL



Establecida en 1917
ISSN 0073-3407

Publicada por Aves Argentinas/Asociación Ornitológica del Plata
Buenos Aires, Argentina

Palmípedos argentinos Casares, J. 1934

Cita: Casares, J. (1934) Palmípedos argentinos. *Hornero* 005 (03) : 289-306

www.digital.bl.fcen.uba.ar
Puesto en línea por la Biblioteca Digital de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales
Universidad de Buenos Aires

EL HORNERO

REVISTA DE LA SOCIEDAD ORNITOLOGICA DEL PLATA

DIRECTOR: PEDRO SERIÉ

Vol. V

BUENOS AIRES, JULIO DE 1934

Nº 3

SUMARIO

LÁMINA III. — Palmípedos argentinos. Las avutardas (en colores)	
JORGE CASARES. — Palmípedos argentinos. Las avutardas (2 mapas y 9 figuras).	pág. 289
ALBERTO CASTELLANOS. — Aves del valle de los Reartes (Córdoba) 8 figs. (cont.).	» 307
PERCIVAL W. REYNOLDS. — Apuntes sobre aves de Tierra del Fuego (1 mapa y 8 figs.)	» 339
ARÍSTIDES FIORA. — El peso de las aves 5 figs. (concl.)	» 353
JOSÉ A. PEREYRA. — Sobre dos charádridos de los gén. <i>Rostratula</i> y <i>Gallinago</i> (2 figs.)	» 366
LUIS M. DINELLI. — Miscelánea ornitológica (4 figs.)	» 371
ANGEL ZOTTA. — Sobre el contenido estomacal de aves argentinas	» 376
JOSÉ A. PEREYRA. — El nido del federal, <i>Amblyrhampus holosericeus</i> (1 fig.)	» 384
PEDRO SERIÉ. — Melanismo en el benteveo, <i>Pitangus s. bolivianus</i> (3 figs.)	» 386
JUAN TREMOLERAS. — Tres notas ornitológicas (2 figs.)	» 390
JUAN B. DAGUERRE. — Colonias de aves en nidificación (5 figs.)	» 397
JOSÉ A. PEREYRA. — Curiosa nidificación del tiránido, <i>Myiodynastes solitarius</i> (1 fig.)	» 402
ANTONIO POZZI. — Nidos y pichones de tero, <i>Belonopterus chilensis</i> (1 fig.)	» 404
DIEGO LEGRAND. — La propagación de árboles por las aves (1 fig.)	» 407
CELIA B. DE PEREYRA. — Notas sobre costumbres de aves (2 figs.)	» 410
RONALD M. RUNNACLES. — Una cachirla afortunada, <i>Anthus correndera</i> .	» 412
EDUARDO C. HARPER. — Observaciones sobre el hornero y la tijereta (2 figs.)	» 414
MOVIMIENTO SOCIAL (6 figs.)	» 416
INFORMACIONES (6 figs.)	» 440

PALMIPEDOS ARGENTINOS

Por JORGE CASARES

Las Avutardas.

Publicamos hoy la segunda lámina, de la serie de seis, que posee el Museo de Buenos Aires, en el total de las cuales están representadas las 35 especies de anátidos argentinos. Esperamos continuar estos comentarios en los números subsiguientes de EL HORNERO hasta abarcar todos los representantes del orden anseriformes en la Argentina.

Hoy toca el turno a las avutardas, aves todas de clima frío y por lo tanto radicadas en la parte austral de la América del Sur, salvo la «guayata» que se refugia en los Andes, y llega hasta el Perú, reemplazando, para la temperatura, la latitud por la altura.

Las avutardas presentan en su aspecto general la apariencia de un ganso, pero son más finas de formas, menos macizas, de patas más largas en relación a su tamaño. Tienen un andar airoso, de paso elástico que les dá un garbo y soltura de gallináceos; el cuello es largo, llevan la cabeza

erguida y movediza, y la misma mirada vigilante de los gansos. Su pico puntiagudo es más breve, más ancho en su base, que en la generalidad de los anátidos, y va disminuyendo en comba suave hasta la punta armada con una uña afilada y fuerte; los respiraderos nasales están muy visibles a los costados. Poseen alas largas y agudas que les permiten ser buenas voladoras. La cola es más bien corta y redondeada.

Los primeros exploradores y navegantes encontraron a estas aves en las regiones patagónicas y fueguinas, reunidas en inmensas bandadas por praderas, valles u hondonadas, picoteando el pasto. Levantaban sus cabezas para observar a los recién venidos, marchando con una desenvoltura no muy propia de gansos, por lo cual debieron creerlas aves de tierra firme, que se alimentan con los productos de la misma. Y de ahí les aplicaron como nombre vulgar el que actualmente llevan, avutardas, nombre con el cual estamos perfectamente familiarizados y que evoca para nosotros, argentinos, la imagen de un ganso silvestre, más elegante, de colores más vivos y variados, pero un palmípedo al cabo. Ahora bien, para el europeo resulta una denominación anacrónica, porque la avutarda propiamente dicha, la *Avis tarda* de Plinio, es un zancudo fuerte y grande, como que es la mayor de las aves de Europa, que nada tiene que hacer con la nuestra, que presenta los rasgos del pato, así como su homónimo los de una grulla. El error de llamar avutarda a un anátido se produjo igualmente en el Canadá, al dar a un ganso el nombre de «bustard» (avutarda) (*Branta canadensis*), el mismo que luego adjudicaron a un lago, a un río y a un cabo.

Esto no es más que la repetición bastante común de la impropiedad de algunos de nuestros nombres vulgares, y a riesgo de apartarme de mi tema citaré, a título ilustrativo, dos ejemplos. El de nuestra calandria, por tal conocida antes de la época de Azara, probablemente por tener la misma costumbre que la calandria o alondra europea, de cantar mientras remonta el vuelo, o, como supone el mismo Azara, por seguir «aquel refrán que dice, canta como calandria, que vale decir, canta deleytosamente»; aunque agrega: «mas no por esto se ha de pensar que tiene analogías con la calandria de mi tierra, de quien dista muchísimo, por cuyo motivo convendría darle otro nombre». El otro ejemplo sería el de nuestra perdiz, así bautizada por tener una remota semejanza exterior con la europea, a pesar de que nada tiene que ver con ella, como que su parentesco más cercano es con los avestruces, con los cuales forma una subclase aparte, parentesco que cualquier profano puede llegar a verificar con la sola observación del perfil de su cabeza, y el porte al andar, sin necesidad de entrar al estudio de su osteología craneana, en particular, que es lo que determina su clasificación especialísima.

Es característico en las avutardas alimentarse de hierbas, razón por la cual llevan como nombre genérico el vocablo griego *Chloëphaga* (de chloe-

phagos), que quiere decir «el que come pasto tierno». Todas ellas son exclusivas de la América del Sur y de los seis tipos que componen el grupo, cinco se encuentran sólo en la Argentina y Chile, y una se extiende hasta Bolivia y Perú.

La Guayata.

Chloëphaga melanoptera (*) (Eyton).

Sinónimo: *Bernicla melanoptera*.

La guayata es, entre las avutardas, la que llega más al norte. Vive en las alturas del macizo andino, junto a las lagunas y terrenos anegadizos, entre los 4 y 5.000 metros sobre el nivel del mar, en la vecindad de las nieves perpetuas, donde la topografía presenta un aspecto abrupto y árido, como de planeta muerto, con sus inmensas e imponentes masas rocosas, de colores vivos, envueltas en una atmósfera diáfana y fría; regiones de puna cuyo clima es hostil al organismo humano que tiene que defenderse de los trastornos físicos que produce el «apunarse».

Se las encuentra en los lagos que se forman por el agua de los deshielos, y aun de las lluvias, nadando con una serenidad que condice con el ambiente que las rodea, o descansando inmóviles en los peñascos vecinos, desplegadas en torno como vigilando la soledad que las circunda.

Su color dominante es el blanco puro, con la cola y alas casi en su totalidad negras, con reflejos verdosos y morados; el pico es bermellón, con uña negra, así como los tarsos y membranas, con uñas también negras. El iris es gris pardo. No hay diferencia entre el macho y la hembra, salvo el menor tamaño de ésta.

Sus dimensiones son algo más pequeñas que las de un ganso común, y llegan a: largo total de punta del pico a la de la cola, 726 mm.; culmen (el pico en su parte superior) 44 mm. y tarso 87 mm (1).

Andan en parejas y se reúnen en bandadas.

El macho cuida de la seguridad de la hembra y la vigila continuamente. Demuestra la mayor cautela respecto a los cazadores cuando se encuentra en terreno plano, a la menor alarma grita con inquietud y el casal levanta el vuelo, pesado y al ras de tierra al principio, para remontarse luego con facilidad. Se ayudan los unos a los otros en caso de ataque y al ser heridos demuestran una gran vitalidad, siendo duros para morir.

Su alimentación consiste principalmente en hierbas. Se domestican con relativa facilidad.

En ciertas regiones del Alto Perú, atribuyen al buche de la guayata virtudes curativas, y lo aplican, fresco, en la parte dolorida de los atacados de gota.

Su distribución alcanza al norte hasta los 10° bajo el Ecuador y al sur no pasa de los 35° en la Argentina, mientras en Chile, según Hellmayr, llega a la provincia de Malleco (38°). Es abundante en todos los

(*) Del griego: melas, genit. melanos = negro, pteron = ala.

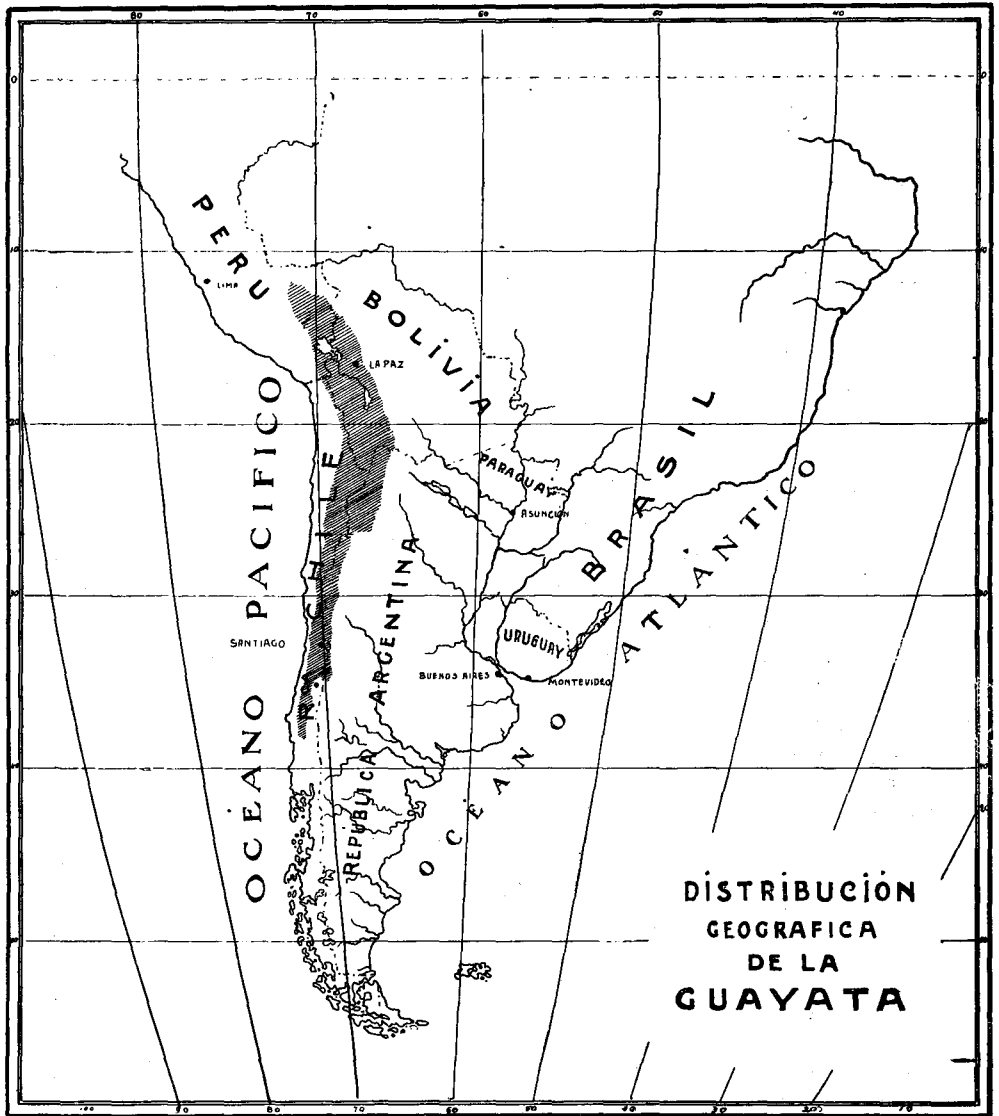


FIG. 1. — Distribución geográfica de la Guayata (*Chloëphaga melanoptera*).

valles cordilleranos. En Chile le dan el nombre de «Piuquen», vocablo de origen araucano, y se les encuentra en gran abundancia en el valle que llaman «de los Piuquenes». En la misma latitud (35.⁵⁰ grados), en la Argentina, provincia de Mendoza, dep. Tunuyán, existe un paso «de los Piuquenes» (4.300 mts. de altura) que sirve de comunicación entre ambos países, y a poca distancia un pico recibe el mismo nombre y alcanza la respetable elevación de 6.444 mts. En Mendoza suelen llamarlo «Gancillo», pero el nombre que debe predominar es el de «Guayata» (2), de origen quíchua, por ser su área de distribución casi exactamente la misma que tuviera la influencia de los Incas, antes de la conquista española.

Nidifican entre las rocas, con preferencia lejos del agua, y existe la creencia, entre los paisanos de Jujuy, de que transportan sus pichones hasta el lago más próximo, llevándolos en el lomo, en pleno vuelo.

Los jóvenes tienen dos bandas pardo gris en los costados de la cabeza que se juntan en la nuca, el lomo es gris, color que predomina en todo el cuerpo y la cola de un negro verdoso; el pico negro y las patas pardo oscuros. Los huevos son elípticos, color crema de 50 mm. \times 75 mm. más o menos, opacos y ligeramente granulados como los de todas las avutardas.

El Sr. Emilio Budin, conocido explorador y coleccionista, residente en Tucumán, a quien había pedido me trasmitiese los datos y observaciones que sobre la guayata hubiera recogido en sus excursiones, ha tenido la amabilidad de mandarme una detallada referencia que la transcribo textualmente, porque considero que son de particular interés las notas directas. El Sr. Budin dice así:

«He observado que las guayatas habitan todo el altiplano del Norte, las cumbres y valles más altos de los contrafuertes andinos, como ser las cumbres y valles calchaqués en la Peia. de Tucumán, y las sierras de Zenta (4.500 mts.) en Jujuy.

«No creo que las guayatas se extiendan más al sur, de la Peia. de La Rioja.

«Las guayatas que he visto más al sur, es una pareja que he observado en Laguna Blanca, Peia. de Catamarca (4.000 mts.) y, según me han dicho los habitantes de la región, son bastante escasas.

«Los paraderos, o lugares preferidos por las guayatas, son las vegas cenagosas, y las vertientes; acuden a las lagunas más hondas, para bañarse a ciertas horas del día. Cuando tienen pichones, se mantienen permanentemente en las lagunas, donde pueden tener la cría al abrigo de las asechanzas de los zorros colorados y otros enemigos. El lugar donde he visto mayor número de guayatas reunidas es en las lagunas de Guayatayoc, que son más bien grandes ciénagas o salares que lagunas. Están situadas al oeste de Abra Pampa, en la Peia. de Jujuy, a 3.800 metro de altitud; allí las había tan numerosas, como avutardas (*Ch. inornata*) en el Trio. de S. Cruz, en la Patagonia; era en el mes de marzo, estación avanzada de esas regiones, pues en esa época, las aguas de los arroyos empieza a escarcharse. Parece que esas bandadas se habían reunido allí para emigrar hacia el norte, pues a los pocos días la mayor parte desaparecieron tomando la dirección citada. Más general es verlas en parejas, habitando alguna ciénaga o vertiente, en compañía de patos y agachonas (*Thynocorus*), pero no permiten que otra pareja de guayatas habite su rodeo.

« A pesar de haber visto tantas guayatas, no he tenido ocasión de encontrar un nido fresco, pues siempre he dado con nidos abandonados, entre otros, uno recién abandonado por los pichones; lo encontré en las cumbres calchaquíes, estaba situado sobre un montículo rocalloso entre unas matas de pasto (iro), tan sólo quedaban cáscaras de huevos demasiado rotas para aportar algún dato interesante. En las inmediaciones debía de haber más empollados, pues en una laguna, distante un par de cientos de metros, varias guayatas nadaban con sus pollos, pero no me preocupé mayormente; mi atención estaba dirigida a otro fin, y debo agregar que soy poco aficionado a hurgar los nidos de los pájaros. He tenido ocasión de poder coleccionar cientos de nidos de aves raras, pero no lo he hecho; los observo cuando puedo y los dejo, y salvo muy raras excepciones he privado a las aves de sus nidos.

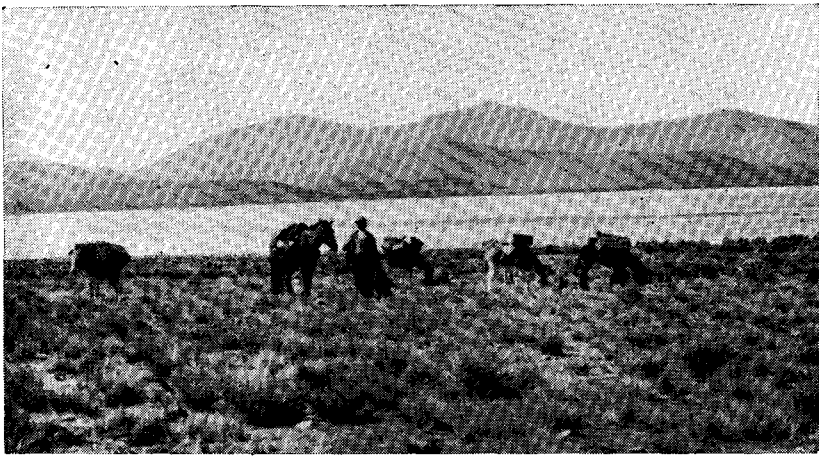


FIG. 3. — Laguna Taxara (3.800 mts.) frecuentada por las guayatas (foto de E. Budin).

« Las guayatas son aves mansas, donde no se las molesta, buscan la proximidad de la vivienda del hombre, y casi siempre se observa alguna pareja de estas aves cerca de la casa del habitante de la puna, y son mansas al punto de crearlas domésticas. Como esas chozas están siempre situadas cerca de algún arroyo o laguna, el agua no les falta, y a más en el altiplano jujeño hay agua en todas partes .

« Dije anteriormente que en el invierno las guayatas deben emigrar hacia el norte, pero recuerdo que hace unos veinte años, muchas quedaban en la región, con cambiar de altura se ponían a salvo de los fríos de las cumbres, bajando a los valles de unos 2.000 metros, donde la temperatura en invierno es más o menos igual a la de 4.000 metros en verano. En el valle de Tafi (Tucumán), he visto muchas guayatas en los meses fríos, y en el valle de Humahuaca en años anteriores bajaban grandes bandadas, esto era antes que se efectuara la construcción del ferrocarril a Bolivia. Hoy en día, este valle está muy poblado y hay muchas escopetas, y las infelices guayatas que habitan esa región del altiplano han cambiado de invernadero, buscando otros valles similares, pero más tranquilos hacia el norte. Como en mis viajes de recolección, la cocina se compone la mayor parte del producto de la caza, he tenido muchas veces la oportunidad de comer guayatas; he probado pichones desde la edad de quince días hasta la de echar a volar, y puedo asegurar que son muy pasables, pero cuando adultas,

que han chapoteado mucho tiempo en el barro de las ciénagas, tienen un olor parecido y tan insoportable al que tienen las bandurrias del sur (*Theristicus melanopis*), además se vuelven de carne dura y negra.

« El grito de la guayata es parecido al del ganso doméstico, el timbre de la voz es igual, pero es más corto y repetido algo así como «uein-uein» (*), durante mucho tiempo, sobre todo si aperciben al pasar volando algo sospechoso.

« Los lugares donde he visto mayor número de guayatas, fueron: Laguna del Toro, de Guayatayoc — como cité ya — Los Pozuelos, las de Abra Pampa, Puesto del Marqués; todas estas lagunas están situadas en la puna de Jujuy, no estoy seguro si la del Toro pertenece a Salta.

« Como no tengo foto nítida de esas lagunas, le adjunto una de la laguna de Taxara, situada en Bolivia, cerca de la frontera con la Argentina, sobre el camino que conduce de La Quiaca a Tarija, a 3.800 metros de altitud. Hay dos grandes lagunas gemelas, que se unen cuando llueve mucho, Taxara y Puxara. En estas lagunas hay muchísimas guayatas, así como toda la avifauna acuática puneña. En estas lagunas, que son más bien lagos, las guayatas y crías se encuentran seguras, pues allí no se puede entrar más allá de unos pocos metros, por ser profundas y de agua muy fría, con muchas algas que forman una cortina que impide avanzar y nadar.

« Recuerdo que maté un par de patos, tipo *Merganser*, los que estaban flotando sobre el agua a unos 30 metros de la orilla. Mandé a mi peón Pacífico, que era sumamente guapo, que entrara en la laguna y los sacara, el que hizo lo que pudo, pero el agua era muy fría y lo helaba, además de las aguas que le impedían nadar; luego intentó entrar a caballo, a los cinco o seis metros, el caballo perdió pie, y los patos quedaron allí. Contaba con que el viento los echaría hacia la orilla, pero las algas formaban bancos donde quedaban retenidos ».

Avutarda de Magallanes.

Chloëphaga leucoptera (**) (Gmelin).

Sinónimos: *Ch. magallanica*, *Ch. picta*.

Pasamos ahora a una especie del extremo sur del continente, la primera conocida por los europeos a través de las referencias del Comodoro John Byron (1723-86), y que se denominó ganso pintado (painted goose), y la misma que en 1783, Buffon representa en sus planchas de colores, bajo el título de «Oie des terres magellaniques» (3). Bougainville, al mencionarla, hace notar la impropiedad del nombre de avutarda que se le aplica, prueba de que esta denominación arbitraria data de los orígenes del conocimiento de estos anátidos; señala su andar ágil y sus patas largas, que le sirven para desenvolverse entre los altos pastizales en los que vive, mientras el estirado cuello le ayuda para observar mejor los peligros de que pueda ser amenazada; así como elogia su carne abundante y nutritiva, alimento principal de sus hombres en las exploraciones de las islas Malvinas. El famoso capitán James Cook (1728-79), el tipo cabal del marino y navegante, según Dumont D'Urville, y podríamos agregar del observador, fué quien señaló en una de sus crónicas de viaje (4) las diferencias de color entre el macho y la hembra, notando que se trataba

(*) Otra onomatopeya del grito completo: Cuéee-cue-re-cue-cue-cui-cue.

(**) Del griego: Leucos = blanco, pteron = ala.

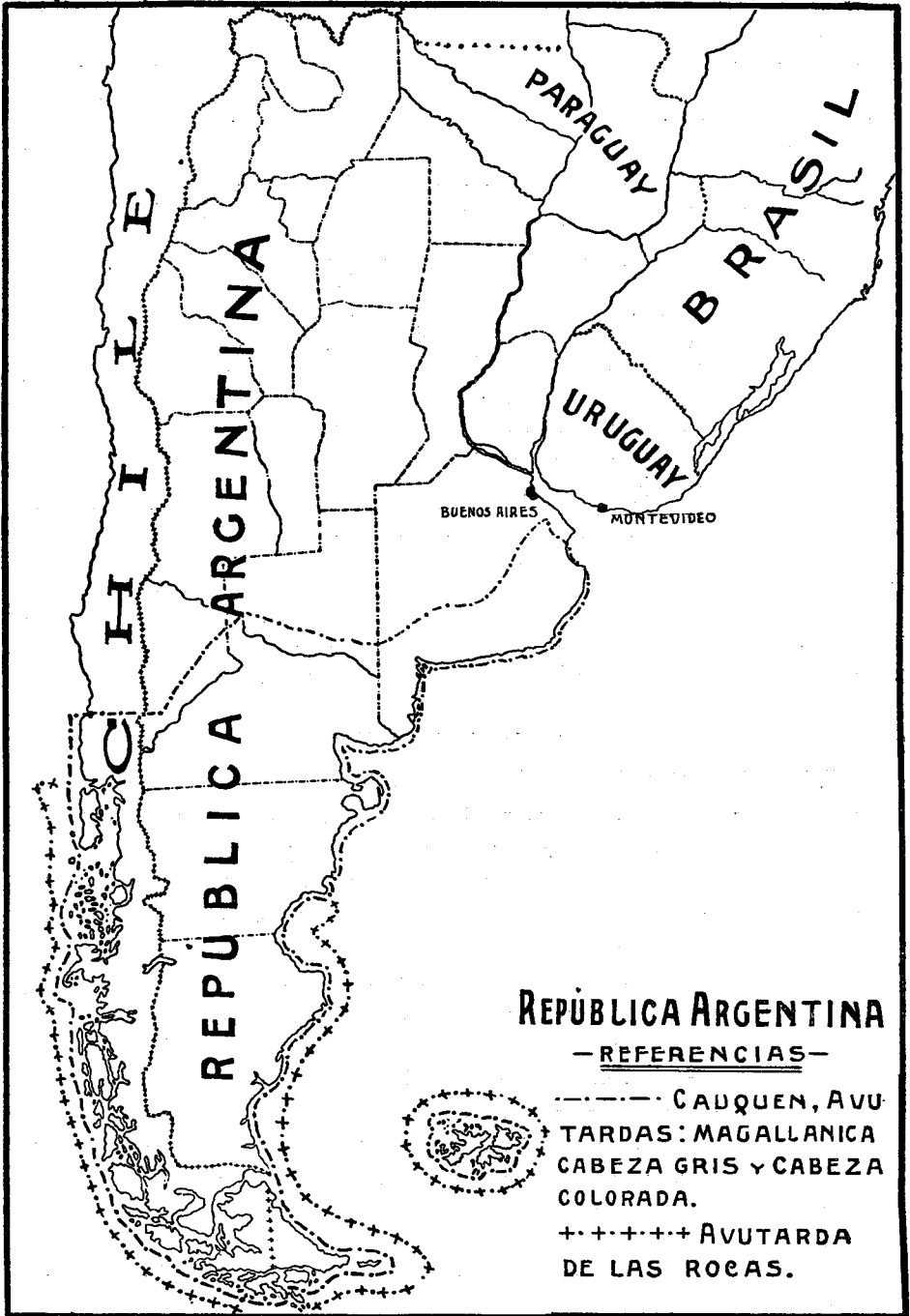


Fig. 2. - Mapa con la distribución geográfica del Cauquén, avutardas: magallánica, cabeza gris, cabeza colorada y de las rocas.

no de especies, sino de sexos diferentes. Efectivamente esta especie se caracteriza por el contraste en el plumaje entre los sexos. El macho es blanco, variablemente listado de negro en el dorso y costados, algo de negro grisáceo en las alas, que se intensifica a verde metálico, con lustre

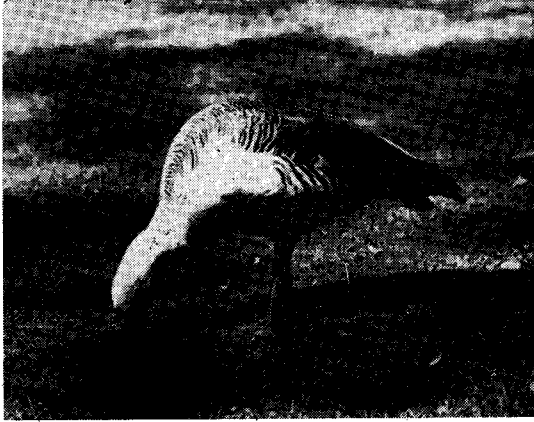


FIG. 4. — Avutarda de Magallanes (macho).

purpúreo, formando espejo con pintas blancas; el pico es negro, las patas plumizo obscuro; su largo total 690 mm. culmen 40, tarso 95 mm.

En la hembra, más pequeña y esbelta que el macho domina el color rojizo apenas grisáceo en el cuello y la cabeza, con listas negras, en



FIG. 5. — Avutarda de Magallanes (hembra).

el lomo y pecho, y blancas en los costados y abdómen; bajo vientre, cola y parte de las alas blanco, con algo de castaño obscuro; pico verde negruzco o negro, pies verdosos, iris castaño. Pone de 10 a 15 huevos de color crema pardusco uniforme, no así en forma que es variable, desde

corta y elíptica a oval estrecha y larga y cuyo tamaño varía de 65 a 86 mm. de largo por 45 a 56 mm. de ancho.

La hembra cuando se la molesta, echa el cuello y la cabeza hacia atrás en actitud airada, piando débilmente.

Son de fácil domesticación y gran mansedumbre. En ciertas regiones de la Patagonia y Tierra del Fuego, donde son muy abundantes, se puede circular entre ellas sin que se alarmen mayormente.

Los indios onas la llaman «C-oyen-Jarré (5).

El Cauquén (*).

Chloëphaga dispar (**) (Phil. & Landb.). Sinónimos: *Ch. inornata*, *Ch. picta*.

En realidad las diferencias, si las hay, entre esta especie y la anterior, son tan insignificantes que es muy probable que en tiempo próximo lleguen a reunirse en una sola. Entretanto el distinguo se mantiene en la nomenclatura, así como en la lámina que debo comentar. En consecuencia referiré la información recogida por los observadores respecto a la *Ch. dispar*.

Crawshay que las ha estudiado en la Tierra del Fuego la llama «ganso listado» (Barred-goose), pero considera que desbarata el concepto de ganso, porque uno asocia a este animal con los ríos y lagos, mientras que el Cauquén vive «en sitios secos, abiertos y aunque con frecuencia cerca del agua, rara vez en ella o sobre ella». Se la encuentra por millares, en una abundancia que no puede imaginarla quien no haya estado en la región, se circula entre ellas en las praderas, en las lomas y aún en las montañas, de ahí su nombre inglés de «Upland goose» (ganso de las montañas) nombre al que se le antepone el calificativo de «barred» (listado) para establecer una diferencia con *leucoptera*.

Mientras se recorre la Tierra del Fuego «nunca están fuera de la vista o del oído», agrega, «pastando, echándose y levantándose y graznando mientras uno sigue su camino». «Anidan en el suelo seco y abierto, a veces a pocas varas de la senda, a merced del hombre y de las bestias». Ponen de 6 a 8 huevos, en una depresión del terreno. La defensa de su nido la hacen con mayor decisión cuanto más completa es la postura, se aferran a él durante la incubación y no se mueven, por más que se les aproxime el hombre, lo defienden estirando el cuello y el pico sobre el suelo, refiere el mismo Crawshay. Como la mayoría de los anátidos cubren los huevos con abundante plumón para mantener el calor. En los últimos años se han multiplicado los cauquenes en Tierra del Fuego por la mayor abundancia de pastos tiernos, la propagación de la oveja, y también por las disminuciones de los zorros y la casi extinción de los indios onas, sus mortales enemigos. Sin embargo, los colonizadores blancos no les van en zaga a sus predecesores: pues en el mes de enero y principios de febrero

(*) En Tierra del Fuego dicen: «Caiken».

(**) Del latín: Dispar = diferente, desigual.

se regalan con abundantes «cazuelas» de gansarones, y durante todo el año destruyen a los cauquenes, como a una plaga que consume grandes cantidades del pasto necesario para los inmensos rebaños que pueblan la zona. Como comprobación puedo dar este dato, suministrado por uno de los pobladores: es norma de los estancieros establecer un precio por cada docena de huevos que les entrega la peonada; pues bien, en una estancia, solo una, en una sola temporada fueron destruidos 63.000 huevos. Ahora bien, el mismo informante me agregaba que las avutardas no parecían disminuir y llegaba a suponer que era debido a una segunda postura, motivada por la misma destrucción. Sería un recurso más dado por la naturaleza para defender la especie, además de la notable astucia de las avutardas, que la demuestran particularmente, en la época de la «cazuela», cuando sus pichones están aptos para el consumo, a los cuales dispersan y esconden, mientras ellos, los padres, simulan una cojera o una dificultad en sus movimientos para atraer la atención del cazador.

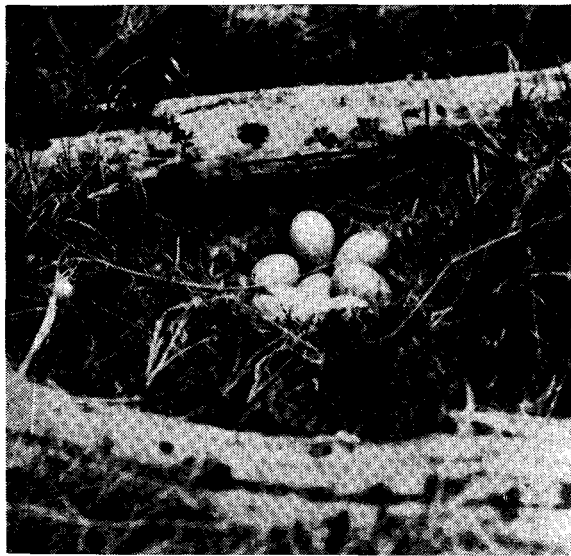


FIG. 6. — Nido de Cauquén en Tierra del Fuego. En tierra firme y lejos del agua (foto Reynolds)

Guillermo Enrique Hudson, con su aguda observación y en su agradable estilo, nos ha dejado algunas referencias sobre esta avutarda, coincidentes con las anteriores. Hudson la conoció desde su más tierna infancia, porque en el rigor del invierno llegaba el cauquén hasta Chascomús, pero fué más tarde, ya hombre de treinta años, en los «Días ociosos de la Patagonia», cuando pudo observarlo con más facilidad. «Sus principales campamentos están en los valles de los ríos Negro y Colorado, donde, a veces, son tan numerosos que llegan a devastar los trebolares y las praderas de pastos tiernos y a causar serios perjuicios a los criadores

de ovejas. Visitan, también, los campos cultivados para devorarse los trigales incipientes, y tienen inteligencia bastante para distinguir entre el enemigo de carne y hueso y el andrajoso hombre de paja, espantapájaros por mal nombre, que el chacarero fabrica para atemorizarlos. Mientras están en su pillaje son muy precavidos y difíciles de atrapar, pero por la noche cuando se congregan a la orilla del agua dan buena oportunidad al cazador. He conseguido matar hasta cinco de un sólo tiro, sorprendiéndolos, protegido por la obscuridad». «Son muy sociables» y «locuaces».

Y ahora, ciñéndome a la tradición, o a lo establecido, debo señalar las diferencias entre esta especie y la anterior. De la comparación entre los ejemplares tenidos como de una o de otra especie se ha establecido un «listado negro» más acentuado en el cauquén macho, y en la hembra algunos llegan a encontrar un acentuado tinte gris en la cabeza en vez de rojizo como en la magallánica (*leucoptera*).

Ahora bien, con mi escasa experiencia personal y con la confrontación de los ejemplares existentes en los museos de Buenos Aires y de La Plata, no he podido apreciar diferencias entre las dos especies. He visto pieles de *dispar* machos con menos listas negras que otras clasificadas como de *leucoptera*, y viceversa, y en cuanto a las hembras, he observado ejemplares jóvenes vivos de *leucoptera* con la cabeza con un marcado tinte gris, precisamente el rasgo distintivo de la *dispar*. Tengo pues la convicción de que estas dos especies no son más que una sola.

No se ha hecho, hasta ahora, la comprobación definitiva de este aserto, pero varios son los que tienen la duda. Oustalet (6) fué el primero en enunciarla y últimamente Hellmayr. Dabbene, aunque no ha dado su opinión públicamente, me manifiesta que también tiene sus dudas. Además mi amigo, don Percival Reynolds, que habita en Tierra del Fuego, gran conocedor y observador de las aves de ese territorio, me dice «que las diferencias en los machos las considera regionales o de edad» y que «en las hembras no encuentra diferencias». Por otra parte, Blaauw, que ha criado durante varios años, en Holanda, ambas especies, dice que un macho joven *dispar* y un adulto *leucoptera* se confunden.

Debo agregar que en los ejemplares que he observado, existe una gradación en el colorido del espejo: es verde metálico en los tipos netamente *leucoptera* (de pecho blanco) y se va acentuando el reflejo purpúreo luciente (algo vináceo) a medida que las listas negras aumentan, hasta ser francamente purpúreo, borrándose el verde, en los tipos *dispar* (más listados de negro en el pecho). Esto podría ser un paralelismo en la evolución del color.

Las medidas del ejemplar que ha servido a Matzel para pintar la lámina, son las siguientes: largo total 710 mm., culmen 45 mm., tarso 95 mm., dimensiones un poco mayores que las que he dado para la especie anterior.

Ambas especies tienen una distribución semejante, aunque se considera

que el cauquén habita más al norte, mientras la magallánica se mantiene más al sur. Pero a mi entender debe dárseles la misma distribución desde el extremo sur del continente hasta la provincia de Buenos Aires en el invierno, llegando a veces al río Salado (36° lat. S.).

Avutarda de cabeza gris.
***Chloëphaga poliocephala* Selater.**

No ofrece mayor diferencia en el plumaje entre la hembra y el macho. Su característica, como lo dice su nombre (polios = gris: cephalos = cabeza) es la coloración francamente gris de la cabeza y parte del cuello, con una mancha más clara en la corona; el pecho es de un rojizo castaño casi uniforme; en el vientre domina el blanco con rayas transversales negras; en el ala lleva un espejo verde lustroso con reflejos cenizas, bordeado de blanco. La hembra es algo menos vistosa porque el rojizo está atenuado por algunas notas de negro. Negro también es el pico, y las patas anaranjadas, con variantes, y uñas negras. Su largo total es de 660 mm., culmen 35 mm. y el tarso 69 mm.

Esta avutarda es menos abundante en el extremo sur del país, en cambio en los meses de invierno se la encuentra en la provincia de Buenos Aires hasta el río Samborombón. En las épocas de Hudson podían verse bandadas de cien y hasta de doscientos individuos, hoy ahuyentadas por los cazadores.

Su centro principal de nidificación debe considerarse, en los sitios apropiados comprendidos entre los grados 42 y 46 de latitud sur. Sin embargo, según Reynolds, nidifica también en la Tierra del Fuego, en la parte de cordillera cerca del canal de Beagle, junto a los ríos correntosos y a los chorrillos. Hace su nido en una mata y debajo de un árbol.

Los huevos, de un color crema parduzco, algo más pequeños que los de la magallánica, son de un tamaño medio de 70 mm. × 48 mm.

Su nombre ona es «Coc-pometch».

Según Crawshay es la más astuta y arisca de todas sus congéneres: en las grandes bandadas que forma con los cauquenes y las otras avutardas, levanta la cabeza antes de que las otras se alarmen.

Avutarda de cabeza colorada.
***Chloëphaga rubidiceps* (*) Selater.**

Esta es la más pequeña de las avutardas y la menos difundida, la más mansa, la más ruidosa y la que posee menos condiciones para defenderse: según Crawshay se la puede matar con un palo, y Reynolds me refiere que en el invierno se las encuentra en Tierra del Fuego «en número muy reducido y en estado moribundo».

En la primavera, según Abbot, los machos se ponen combativos y pelean entre sí, rodeados de numerosos espectadores que arman una gri-

(*) Del latín: rubidiceps = el que tiene la cabeza roja.

tería — a vista y paciencia del hombre — cuyo ruido llega a ser irritante.

La coloración dominante es un rojo amarillento (o acanelado) especialmente en la cabeza, cuello y abdomen, y de un rojo más decidido, pero muy estriado de negro, en el dorso, pecho y flancos, formando un dibujo muy menudo, casi un jaspeado; las alas, con algo de blanco, llevan las puntas negras, como la cola, y un espejo verde metálico con pintas blancas. El pico es negro, los pies amarillos teñidos con negro exteriormente. Iris negro gris. Largo total 620 mm., culmen 34 mm., tarso 66 mm.

Según Reynolds, la cabeza y el cuello cambian a un color más pálido y apagado hacia la época de la muda en el otoño. Los jóvenes son de abdomen pálido y a esto se debe probablemente la idea de que esta especie hibridiza con *poliocephala*; tienen el espejo negro opaco en vez de verde lustroso (Abbot), y adquieren al año su plumaje de adultos.

Se ha considerado que su centro principal eran las islas Malvinas, en razón de que la mayoría de los ejemplares conocidos tenían esa procedencia, pero son igualmente muy difundidas en la Tierra del Fuego y en la Patagonia, donde no ceden en número al cauquén, con el que viven asociadas. En invierno llegan a la provincia de Buenos Aires hasta el río Salado, en busca de sitios feraces y de clima dulce. A mediados de junio de 1909 se produjo una invasión en la región del Ajó, en que aparecieron por centenares y luego por millares hasta cubrir el campo, comiéndose el poco pasto que la sequía había dejado. En agosto emigran hacia el sur a donde llegan con regularidad matemática y muy gordas al decir de los pobladores. Nidifica en gran abundancia en la Tierra del Fuego, «principalmente en las localidades Bahía Inútil, San Sebastián y estancia Sara», donde «se come la avena, los repollos y los nabos», (Reynolds). Pone 5 huevos, rara vez 6, de forma variada de un color crema parduzco entre 70×60 y 72×60 mm.

Mientras la hembra incuba, el macho frecuenta las aguas más próximas.

Su número ha aumentado extraordinariamente con el cultivo de los campos. La Patagonia se ha transformado en un emporio de producción de lana, y en sus inmensas estancias, dedicadas a la crianza de ovejas, han disminuído los pastos fuertes o duros y aumentado los tiernos o finos que constituyen, como he dicho, el alimento casi exclusivo de las avutardas. Su nombre en lengua ona es «joly».

La Avutarda de las rocas (*).

Chloëphaga hybrida (Molina).

Sinónimo: *Ch. antarctica*.

Esta especie que vive exclusivamente a la orilla del mar, en las costas rocosas, se alimenta de moluscos y de productos marinos, con lo que hace

(*) Los ingleses la llaman generalmente «Kelp-goose» (Kelp = alga) porque frecuenta los sitios donde abunda el alga marina conocida por cocha-yuyo, del quichua: cocha = mar, yuyo = hierba, (*Macrocystis pyrifera*) donde encuentra crustáceos de los cuales se alimenta.

excepción a todas sus compañeras. Por esta característica y, según parece, por algunos rasgos anatómicos, podría no estar comprendida en el género de las «comedoras de pasto» (*Chloëphaga*) y no ha faltado alguna iniciativa aislada de crearles uno propio.

El dicromismo entre el macho y la hembra no puede ser mayor, pues mientras el macho es absolutamente blanco, de pico negro con una mancha amarilla en su base y también amarillos los tarsos y los pies, la hembra se presenta de un color pardo negro, con rayas blancas en los costados de la cabeza y cuello, dominando un negro profundo en todo el resto del cuerpo, también listado de blanco; blanca la cola, el bajo vientre y la parte superior del ala, que lleva un espejo verde metálico con una lista negra; el pico es color carne, los tarsos y pies amarillos. El abate Molina, la dió a conocer con el nombre de *Anas hybrida*, y dice: «In vista di tale diversità ho dato l'epiteto d'Ibrida, o sia mulata, come proveniente da un bianco, e da una negra». Consigna también el nombre vulgar «caghe», que se mantiene hasta hoy en Chile y en la Tierra del Fuego. En aquel país también se la llama «caranca». Sus dimensiones son: largo total 700 mm., culmen 35 mm., tarso 65 mm. Tiene los tarsos notablemente más cortos en relación a su volumen, que sus congéneres. Se halla difundida, sobre todo en las costas del Pacífico en especial por las islas de Chiloé, se extiende hasta el Cabo de Hornos y parte de la Patagonia, siendo menos común en la costa atlántica de tierra firme argentina.

Los ejemplares originarios de las Malvinas han sido agrupados en una subespecie creada recientemente, *Chloëphaga hybrida malvinorum*, porque se les atribuyen algunas diferencias en su desarrollo o tamaño. Anda generalmente en pares, «rara vez más de 5 ó 6» (Abbot), aunque suele reunirse en bandadas mayores para la migración. Habitualmente vuelan a poca elevación del agua y van graznando. Sus huevos son color crema parduzco, ovals de 73 × 53 mm. Reynolds me comunica que «se encuentra en las playas el año redondo, nidifica en las costas e islas del sur y sur este de la Tierra del Fuego. Las 4 especies aquí representadas están todas en aumento alarmante, siendo ésta la única que no causa perjuicios al ganadero. Nombre ona de ambos sexos She-ech».

Contrariamente a sus compañeras, esta avutarda tiene una carne inco-mible debido a su alimentación. Es entre todas la única que habita en agua salada, así como las otras tienen preferencia por los sitios de agua dulce.

(1) Ejemplar 8502 del Museo de B. Aires. Origen: Salta.

(2) «Hauyata: Anseron, aunq. también vuelo mucho, blanco y negro», decía el P. Bertoni en 1612, en su Vocabulario.

(3) Una hembra, plancha 1006, tomo IX.

(4) Tomo IV, pág. 43. Segundo viaje.

(5) C-posesivo; oyen-montaña; y yarré-avutarda; según información de Don Percival Reynolds.

(6) Mission Scientifique du Cap Horn, tomo IV, pág. 189.

BIBLIOGRAFIA

- AGOSTINI, ALBERTO M. DE, *Mis viajes a la Tierra del Fuego*. Milán 1929.
- BERTONI, P., LUDOVICO, *Vocabulario de la lengua Aymará*. Chuchireto 1612. Reedición Platzman 1879.
- BOUGAINVILLE, L. A., *Voyage autour du monde par la frégate la Boudeuse et l'Etoile, en 1766-69*. París 1771 (1ª ed.). 1 vol.
- BLAAUW, F. E., *The Ibis*. 1920, p. 497.
- BUFFON, *Histoire natur. des oiseaux* (Planches Enluminées). París 1771-86.
- BURMEISTER. *Lamellirostris of the Argentine Republic*. «Proceedings of the Zoological Society». London 1872.
- CASTILLÓN, LEÓN. *Habitat de la avutarda Chloëphaga melanoptera*. EL HORNERO. T. I, p. 108.
- COOK, JAMES, *Relations des Voyages*. París 1774.
- CRAWSHAY, CAP. RICHARD, *The Birds of Tiera del Fuego*. London 1907.
- DABBENE, DR. ROBERTO, *Los Anátidos Argentinos*, (en curso le publicación en la «Revista Diosa Cazadora». Buenos Aires.
- DARWIN and FITZROY, *The Zoology of the voyage of H. M. S. Beagle*. London 1832.
- DELACOUR, J., *L'Oiseau*, 1922, nº 1.
- DURNFORD, H., *Birds of Central Patagonia*. «The Ibis», 1878.
- EYTON, T. C. A., *Monograph on the Anatidae or Ducks Tribe*. London 1838.
- GIBSON, ERNEST, *Ornithological notes from the neighbourhood of Cape S. Antonio*. «The Ibis». 1879, 1918, 1819, 1920.
- GRAY, *Birds of Falklans*. P. S. Z. 1859, p. 96.
- HELLMAYR, CHARLES, *The Birds of Chile* (Field Museum). Chicago 1932.
- HUDSON, W. H., *Idle Days in Patagonia*. London 1893.
- HUDSON, W. H., *Birds of La Plata*. London 1920.
- LINNAEUS, *Systema Naturae*, edic. 10ª (1758), 13ª (1760) Gmelin.
- MOLINA, G. I., *Saggio sulla storia naturale del Chili*. Bologna 1782.
- OATES, E. W., *Cat. of the Coll. of Birds in the British Museum*. London 1901.
- OUSTALET, E., *Mission du Cap. Horn*. Oiseaux. B. 3.
- PETERS, JAMES LEE, *Check list of birds of the world*. Cambridge, Mass. 1931.
- PHILIPP, R. A., *Cat. Aves Chilenas*. «Anales Univ. Chile», T. XXXI, 1868, p. 241.
- LANDBERT, *Anales Univ. Chile*, T. XXI, 1862, pág. 427.
- SALVADORI, *Cat. of the birds of the British Museum*. Tomo XXVII.
- SCLATER-HUDSON, *Argentine Ornithology*. London 1888-89.
- SHARPE, R. B., *Hand list of the genera and species of Birds*. London 1899-1909.
- TACZANOWSKI, *Ornithologie du Pérou*. Vol. III.
- WACE, *Aves de las islas Falkland*. EL HORNERO, T. II nº 3.
- WETMORE, ALEXANDER, *Observations on the Birds of Argentina etc*. Wáshington 1926.

Addenda.

Como complemento a nuestro artículo anterior, agregamos dos fotografías del cisne de cuello negro, para mostrar su verdadera silueta. Está representado, en una, nadando en el que su perfil responde exactamente a la descripción que de él hiciéramos: «con las curvas aplanadas de su cuerpo blanco, erguido el cuello negro coronado por el rojo violento de la cresta».

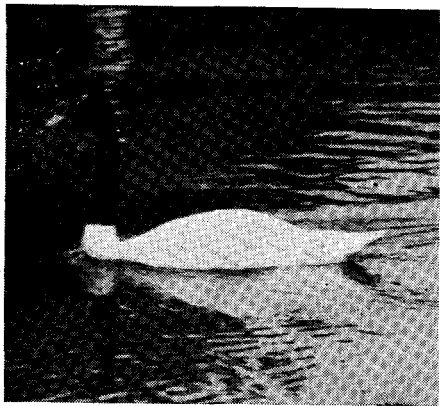


FIG. 7. — Cisne de cuello negro.
(foto Casares).

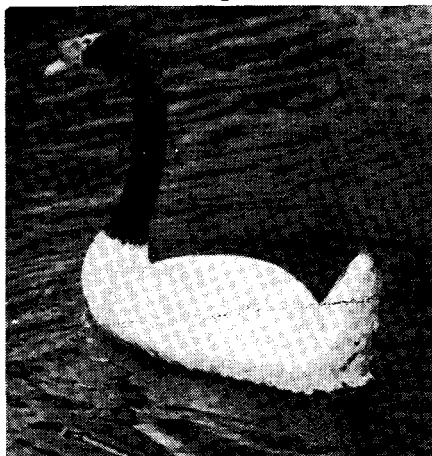


FIG. 8. — Cisne de cuello negro.
(foto Casares).



FIG. 9. — Ganso blanco.
(foto Casares.)



FIG. 10. — Pato criollo.
(foto Casares).

Quiero consignar aquí un espectáculo que he presenciado en los días del último carnaval, cuando ya estaban en prensa estas notas. En la estancia «La Segunda» de Acebal, partido de Chascomús, se encuentra la Laguna de la Viuda, de unas 300 hectáreas de superficie, de orillas en gran parte barrancosa y con tosea, de aguas muy claras, limpia de juncos y espadañas y con abundancia de excelentes pejerreyes y otros peces



Fig. 11. — Patos crestudos en cautividad en Jujuy (foto Dr. Carrillo)

menores. Pues bien, en dicha laguna, entre los días 10 y 14 de febrero de 1934, se encontraba reunida una inmensa cantidad de cisnes de cuello negro, en una abundancia que no había visto hasta entonces. Me propuse contarlos, lo que no era difícil por la inmovilidad en que estaban, y con un antejo de bastante campo y poder se podía individualizar uno por uno. Pues bien, en las varias veces que hice el recuento llegué a la cifra máxima de 1650 ejemplares, un primer recuento me dió 1580 y un último 1480, en distintos días y horas. No espero volver a ver un espectáculo semejante.

Las fotos del ganso blanco y del pato crestudo responden al mismo propósito de mostrar sus verdaderas siluetas.

El pato criollo, es un ejemplar de granja, pero de la variedad que mantiene casi las mismas características que el salvaje.